

ron darse el gustazo de enviar la invitación y el carnet al distante y siempre amado villorio natal, para que recogieran las exclamaciones de ufanía de toda la parentela agradecida.

* * *

Pues ya tenemos año nuevo. Y qué año, Dios Clemente! De esos que empiezan por incendios y puñaladas y suicidios, y no sé cuántas caricias más de las que suele prodigar a sus hijos de la tierra el Señor Misericordioso que todo lo previene y lo dirige con invariable acierto.

Así como en las fiestas cívicas todo bicho viviente se cree en la obligación ineludible de alegrarse aunque esté más derrotado que el cletismo, al llegar el nuevo año no se queda quien no imagine sentirse largando el cascarón del viejo sino para apechugar con una nueva estrella. Todos sabemos que la vida no cambia porque un año—espacio de tiempo irrisorio—llegue al término de su jornada. En otras palabras: todos comprendemos a maravilla que el frío no está en las sábanas. Sin embargo, desde niños oímos exclamar: «año nuevo, vida nueva» y no podemos sustraernos al influjo de la frase sacramental. Bajo el yugo inquebrantable de cuántas frases hechas no marchamos cubriendo de babosos arabescos el renglón de la ruta!

Luego nos disponemos a cumplir con el grato deber de saludar a nuestros conocidos de quienes algo bueno pensamos recibir. Porque dejando a un lado hipocresías, he llegado a descubrir en el fondo de toda gentileza, una mano alargada en actitud de pedir alguna cosa.

Trabajo, y no escaso, el que le dan a uno las gentes que creen haberle *visto algo*, como pintorescamente reza el dicho popular. Eso de tener que contestarle a cuanto Perico de los Palotes se le antojó mandarnos su saludo, es cosa que pondría de mal genio al mismo don Enrique que pasa por ser el mejor Genio de cuantos se han visto por acá. Con decir que hay individuo que no queda contento mientras no

nos pone él mismo en la mano su cartulina con sobre y estampilla, y con el consabido apretón de manos extra honesto y el no menos consabido *feliz año nuevo*, disparado a boca de jarro como una salutación archi-estrambótica!

Pero ¿qué idea se tendrán ciertas gentes del uso de las tarjetas?

* * *

Con la entrada del año, entraron también al país las honorables delegaciones que *nuestros hermanos* los otros Presidentes de Centro América se han servido enviar para la Cuarta Conferencia Centroamericana. De todos los enviados, uno, el Doctor don Rafael, nos pertenece de todo en todo y por derecho propio, como nuestras muelas y nuestros dientes que nos sirven y nos acompañan y nos duelen desde *chirrisquíticos*. A no ser que se trate de un segundo tomo del nuestro, y en ese caso nada hemos dicho y sólo dejamos en pie los sinceros elogios que la primera edición de ese volumen siempre supo arrancar a nuestra simpatía.

Otro de los señores conferencistas gasta el apellido *Zepeda*. Menos mal si el emplasto centroamericano que nos aplicara el Tío Sam no se resolviera en banquetes y sus correspondientes indigestiones. Porque con tal apellido y en tamañas andanzas, bonitas van a estar las pituitarias de los congresistas.

Vamos, que parecen escogidos adrede los nombrecitos del infundio: Arroyo, Meza, Zepeda... ¿No habría por allí un Pata de Banco que mandar a completar el menaje? La verdad es que para lo que vienen a hacer, con muebles de menos avalorio se podrían pasar los dichosos tratados internacionales, cuya es la legítima paternidad de aquestas conferencias.

Quizás por eso nuestro Gobierno, que es la parsimonia y la socarronería andando, dió la delegación de Costa Rica a don Faustino, el de la lechilla, antiguo y experimentado censor de teatros, quien por razón de su oficio